

de su obra atestigua una guerra civil del escritor consigo mismo, evidente en particular en los libros autobiográficos, desde los *Cuadernos de guerra* hasta *Las palabras*. La guerra consiste esencialmente en no utilizar la escritura como medio de autojustificación, es decir, como artimaña para relegar la acción al plano de lo imaginario y verbal, sino como arma de autocritica y progreso personal.

El trabajo de Pams lleva a cabo una revalorización del *San Genet*, considerándolo una obra bisagra entre el período marcadamente subjetivista e individualista de *El ser y la nada* y la etapa de reconciliación con el marxismo y el psicoanálisis de la *Crítica de la razón dialéctica*.

Por último, el escrito de Contat se dedica a narrar una anécdota curiosa: en 1952 Sartre redactó una reseña del film *Milagro en Milán*, en *Los tiempos modernos*, en primera persona del singular en femenino, firmada bajo el seudónimo de Michelle Léglise-Vian. Lo interesante, cuenta Contat, es que “[b]ajo el travestismo de la escritura en femenino, Sartre encuentra su elocuencia de polemista agregándole una ligereza que ya no puede permitirse bajo su nombre de director de *Los tiempos modernos*” (p. 216).

Alan Patricio Savignano. UBA-CONICET-CEF/ANCBA  
savignanoalan@gmail.com

---

TURNER, JASON

*The Facts in Logical Space. A Tractarian Ontology*, Oxford University Press, Oxford, 362 pp.

Jason Turner asume como propias la propuesta del primer Wittgenstein en el *Tractatus* (1929), cuando afirma: “el mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas”. Por su parte se defiende una tesis central a lo largo de *Los hechos en el espacio lógico*, a saber: El *Tractatus* contiene elementos técnicos suficientes para elaborar una peculiar *teoría modal* de la “correcta consecuencia”, ya sea respecto de la prueba o respecto de los correspondientes modelos lógicos, en la forma también propuesta por Bolzano o Tarski. En efecto, según

Turner, el primer Wittgenstein habría defendido una ontología de los hechos empíricos por sí mismos, separándolos de cualquier posible interpretación o compromiso ideológico a este respecto, al modo de Quine. Se defiende así un *realismo instintivo* (“knee-jerk realist”) relativo a los correspondientes *modos de combinar* los hechos empíricos. Se fomenta a su vez un distanciamiento respecto de determinadas cuestiones metafísicas consideradas demasiado sofisticadas y en sí mismas abstrusas, incluida la propia noción de “modalidad metafísica”, que estarían muy lejos de conseguir los objetivos que se proponen. Se tomaría así este tipo de proposiciones elementales como punto de partida algunas propuestas de *Tractatus*, sin tampoco pretender que sean la única interpretación posible, usándolo como herramienta para profundizar en la estructura modal, geométrica y cuantitativa del espacio lógico en el *Tractatus*.

Se defiende así una interpretación modal del *Tractatus* desde el cálculo combinatorio leibniziano. En su opinión, los bicondicionales leibnizianos estaban basados en dos categorías básicas, como son la posibilidad y la necesidad. Ello dependía de la ocurrencia de un determinado hecho empírico pudiera tener lugar en uno o en todos los mundos posibles, tanto si se refieren a mundos meramente aparentes o efectivamente reales. Además, también se muestran las dos dificultades principales que aparecieron a este respecto, a saber. La presunción a favor de un necesitarismo que aparece a la hora de concebir la existencia de determinados hechos empíricos en todos los mundos posibles, como habrían hecho notar Carnap o Lewis; o bien de reconocer la imposibilidad de evitar determinados límites aparentemente circunstanciales, sin razones para ello, como cuando se comprueba que el rojo no pueda ser a la vez verde, como habría hecho notar el propio Wittgenstein. Sin embargo ahora se considera que el problema del color su podría resolver al concebirlo como unas determinadas propiedades contrapuestas de las hipersuperficies, ahora denominadas convencionalmente Floozle y Grippy. Se explicaría así el origen de los cuatro colores básicos, rojo, verde, azul o amarillo, según se les asignara sólo una, ninguna o una aplicación ambigua de los anteriores colores básicos. Por su parte, ahora también se recurre a un modelo simplificado de cuantificación lógica

(SQML), que permitiría justificar los peculiares niveles de necesidad, posibilidad, contingencia e imposibilidad de que puede ser objeto un determinado espacio lógico, ya sea recurriendo a la noción de vaguedad en Williamson, a las paráfrasis de Kripke o a la propia noción de restricción de una determinada cuantificación en el caso del *Tractatus* de Wittgenstein, como ahora se prefiere. Para justificar estas conclusiones se desarrollan seis capítulos, y una conclusión:

1) *Factualismo*, analiza del carácter geométrico de la descripción de los hechos en el *Tractatus*, así como su interna lógica inferencial. Se justifica el claro reduccionismo del *Tractatus*. Especialmente cuando recurre a patrones deductivos que explican la necesidad de una determinada justificación metafísica;

2) *La geometría del Tractatus*, analiza la noción de “gran pintura” que se pretende describir respecto del mundo. Se comprueba la necesidad de un lenguaje formal, donde tengan cabida los predicados geométricos nihilistas, los espacios cualitativos, las llamadas hipersuperficies coloreadas, las determinaciones predicativas, los tipos de prueba formal; y otras similares;

3) *La búsqueda de una fundamentación*, ya sea de un modo holista, sistemático o simplemente inferencial. Pero también de las inferencias de carácter abstracto, mediante paráfrasis o mediante un sistema de equivalencias;

4) *Modalidad* analiza el carácter *combinatorio* de la lógica del *Tractatus*, así como los dos problemas principales, ya señalados, que genera, a saber: el problema del color y el del necesitarismo, así como la solución combinatoria de ambos;

5) *La búsqueda de diversos niveles de formalización* mediante el recurso a los nombres. Estos nombres pueden tener a su vez una determinada orientación espacial, cuantitativa y cualitativa determinada;

6) *Alternativas y aplicaciones*, analiza diversas interpretaciones que se han propuesto del espacio lógico en el *Tractatus*: el relacionismo, el dualismo, la formulación binaria, el necesitarismo de las hipersuperficies y de las verdades universales, el modo combinatorio de concebir la verdad, los dos tipos de monismo, el nihilismo ontológico, y la paráfrasis modal binaria, por la que finalmente se opta.

Para terminar una reflexión crítica: Evidentemente Wittgenstein en el *Tractatus* pretendió fundamentar una nueva ontología, no a partir de las cosas, sino de los hechos. En este sentido se le puede considerar un antimetafísico, o simplemente el iniciador de una nueva ontología, que habría tratado de prolongar aún más sus propuestas del atomismo lógico, como ahora se propone. De todos modos siempre queda en el aire la duda sobre lo que en cada caso se entiende por “cosas”. Especialmente si se reconoce que la vuelta a un realismo instintivo de los “hechos” mismos no debería ser incompatible con la vuelta a un realismo fenomenológico a las “cosas” mismas, como al parecer ahora también se defiende.

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra  
cortiz@unav.es